



(Recogido en "De esto y de aquellos", tomo IV)

Conversación

P.—Y hoy, ¿qué me dices?

R.—Hoy no hay nada que decir.

P.—¿Es posible? Así como cada día trae su cuidado, su afán, así trae su dicho cada día.

R.—¿Y si fuera el mismo de ayer?

P.—Pues se repite, que la repetición es la vida íntima, la vida que merece vivirse...

R.—¡ Conservador estás!

P.—¿Y quién no? Mas, puesto que nada tienes que decir de nuevo, hablemos, que del habla saldrá el dicho.

R.—¿Y cómo?

P.—Sí; de la forma sale el fondo; de la envoltura, el contenido. Es lo que nos enseña toda embriología, lo mismo corporal que espiritual. Pongámonos a hablar, a hablar por hablar, que es un modo, y acaso el más intenso, de vivir, y surgirá el dicho.

R.—¿Y el que se vea condenado a soledad?

P.—Que hable consigo mismo. O, mejor dicho, con aquellos a quienes conoce y que lleva dentro de sí. O que hable con sus propias criaturas, con los hijos de su fantasía.

R.—Que son los mismos que tiene fuera y a quienes trata.

P.—Justo. Nuestros amigos y conocidos nos los hacemos nosotros. Es a manera de un novelista, que aquellos a quienes conoce y trata y que parece le sirven de modelo, no son sino los gérmenes, las semillas de sus personajes de ficción. Le basta oír a un hombre decir una sola frase, ejecutar una sola acción, a las veces soltar un ademán significativo, para llevarse al hombre en esa frase, en esa acción, en ese ademán, y de tal semilla, crearlo de nuevo.

R.—Pero será otro hombre...

P.—Tal vez el verdadero, el que aquel de quien sorprendió la frase, el acto o el ademán lleva dentro sin saberlo. El hecho real humano, el objetivo, es como un elemento masculino, cretante, que fecunda alguno de los óvulos de personajes que todos, por

poca que sea nuestra fantasía creadora, llevamos dentro.

R.—Y esos óvulos, ¿de dónde salen?

P.—De nuestra propia sustancia. Pues cada uno de nosotros lleva toda una humanidad dentro de sí, lleva a Adán y a Eva, a Caín y a Abel, a Jacob y a Esaú, a David y a Goliat, a Judas y a Cristo. De aquí que no sean los mejores novelistas los que más andan en el que se llama mundo, los que tratan más y con más personas.

R.—Sí; ahí está el caso de Balzac, que fué casi un solitario, un hombre a la brega diaria con sus deudas, enredado en preocupaciones de dinero o soñando con absurdas especulaciones. Y nos ha legado en sus novelas toda una humanidad. Sin duda, como dices, la que halló dentro de sí.

P.—Indudablemente. De sus propias extrañas sacó al avaro y al padre loco

por sus hijas y abandonado por ellas, y al arribista y a todos los demás...

R.—Y sin que él fuese avaro, ni padre loco por sus hijas, ni arribista...

P.—Sí; él fué todo eso y mucho más. Llevaba dentro de sí, como todo hombre normal, los siete pecados capitales y sus siete opuestas virtudes, llevaba el mundo, el demonio y la carne, y las tres virtudes teologales y las cardinales, y...

R.—Todo el mundo, en fin.

P.—Exacto. Y se lleva la lujuria siendo perfectamente casto—¡ cosa trágica los vírgenes lujuriosos!—; la avaricia, siendo liberal; la gula, siendo sobrio, y así todo lo demás.

R.—¿Hasta vicios, acaso, que son entre sí incompatibles?

P.—¿Cuáles?

R.—La soberbia y la envidia, por ejemplo.

P.—¿Incompatibles?

R.—¡ Claro! El soberbio no envidia...

P.—¿Que no envidia el soberbio?

R.—¡ Como no sea a sí mismo...!

P.—Ya te he dicho que la envidia es una secreción interna de la soberbia; suele ser la soberbia que no puede brotar hacia fuera.





R.—Pero el soberbio es el que se cree envidiado...

P.—Y creerse envidiado, ¿no es tal vez, una manera, la más sutil acaso, de envidiar? Y no me refiero a los que envidian a aquellos a quienes creen envidiados.

R.—Bueno; esto me recuerda lo que me decías otra vez del ambiguo sentido de la expresión: manía persecutoria; y es que, queriendo decir manía de creerse perseguido, puede llegar a entenderse que significa manía de perseguir.

R.—Y en el fondo, amigo mío, es la misma cosa. Porque el que se cree perseguido, no hace más que perseguir a los otros. Y observa, además, que allí donde abundan las gentes que se creen perseguidas, abundan también los que se complacen en perseguir.

R.—Son los mismos, acaso...

P.—¡Claro que son los mismos!

R.—Pues todo ello hace una sociedad agria y dolorosa.

P.—Pero a la que uno se apegá por la agrura y el dolor. Hay terrenos morales a que estamos enraizados por raíces de dolor. Como hay odios que nos ligan mucho más que los amores. Cuando le aconsejaba a nuestro pobre amigo López que se fuese de aquí, que emigrara, me decía: «¿Y adónde voy, en que pueda vengarme, como aquí me vengo, despreciando a toda esa gentecilla que me ha traído a este estado?»

Allí donde no conozca a nadie ni nadie me conozca, ¿cómo voy a dar pasto a esta boca, que ya sólo se goza en morder? La venganza dicen que es el placer de los dioses, ¿y dónde me vengaré como aquí?»

R.—¡Pobre hombre! ¡Y pobre país!

P.—No; sino más bien, rico.

R.—¿Rico de qué?

P.—¡De humanidad!

R.—¡Pero de humanidad infernal!

P.—Sí: el infierno de los dioses esos que se gozan en vengarse.

R.—¡Infierno de dioses...! ¡Infierno de dioses...!

P.—¿Qué?

R.—Que si fuésemos capaces de llegar a dioses infernales, de endiosarnos, infernalmente estaríamos a un jeme de la redención.

P.—¿Y eso?

R.—Eso para otro día.

MIGUEL DE UNAMUNO

